

UNA IGLESIA CON LAS PUERTAS ABIERTAS

(Pentecostés 2014)

Introducción

Desde que el Espíritu Santo irrumpió en el cenáculo de Jerusalén, estando las puertas cerradas *por miedo a los judíos* (Hch 2; cf Jn 20,19.26), la Iglesia cristiana quedó constituida como una sociedad abierta, una casa para todos, una palabra a todos comprensible. Cerrar, de algún modo sus puertas, sería tanto como renunciar al don del Espíritu Santo. Éste siempre viene para abrir, nunca para cerrar. Y aunque Jesús dijera a Pedro, *te doy las llaves de los cielos para abrir y para cerrar* (cf Mc 8,27; Mat 16, 19; Lc 9,18), el sentido obvio de tales palabras no está en que la Iglesia ni su jerarquía ni su dogma ni su moral ni sus ritos, puedan estar cerrados a nadie o ser causa de exclusión ni condenación de nadie. Más bien ha de entenderse como que, siendo las llaves del Reino las que tienen el poder de abrir las puertas del Amor de Dios a todos, la iglesia es la responsable de esa contraria utilización que consistiría en usarlas para cerrar. Y no es difícil concluir que, no pocas veces, la Iglesia ha entendido mal dicho “poder”, que no es sino servicio al bien común, a la fraternidad entre todos, teniendo como referencia el amor de un Padre único, rico en misericordia, cuya voluntad de salvación alcanza a todos y cada uno de los seres humanos que vienen a este mundo (cf Jn 1,1-18), y nos ha dado en Jesús de Nazaret el estilo divino de actuar, *como el que sirve* (cf Mt 20,20-28; Mc 9,33-37 y par.), pero de ningún modo como el que busca ser servido, poner al mundo bajo sus pies, o imponer a los demás su “verdad”, por muy convencido que esté de que en ella se contiene la salvación del mundo. Una Iglesia de puertas abiertas no puede significar otra cosa que una Iglesia al servicio del Mundo.

Fundado en esta reflexión, que creo fiel al espíritu del Evangelio del Reino, releo algunos párrafos de la *Evangelii Gaudium*, y del gozo que de ellos recibo, me siento empujado a compartir algo con los demás. Si la Iglesia es “apertura”, lo es por ser “comunidad” y “servicio” al mismo tiempo. Servicio de comunión..., ¡nunca de “excomunión”!; ya que, la única misión de la Iglesia es compartir el Amor de Dios que le ha sido revelado (comunicado); Amor que no sólo crea comunión en el interior de la Iglesia, sino que al par la capacita para abrir en la Tierra fundamentos de Justicia y Paz, de Fraternidad Universal.

La Iglesia es Dios que me ama
y que me pide mi amor;
y, cuando su amor acepto,
entro en esa Comunión
por la que el Padre, me hace hijo,
el Hijo, obediencia y don,
y el Espíritu, sagrario
de la más perfecta unión.
Dios Trino y yo, somos uno;
y el cosmos, nuestra expansión.

Esa Iglesia *en salida*, esa Iglesia *con las puertas abiertas* de que habla el papa Francisco, contiene un desafío formidable, capaz de dar origen a una “revolución” evangélica dentro de ella y al servicio del mundo.

La Iglesia “en salida” es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas

veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas, para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad (Evangelii Gaudium, 46).

Analícemos, pues, los aspectos principales, de carácter práctico, que se nos ofrecen en el texto seleccionado.

I. Una Iglesia con las puertas abiertas

¿De qué puertas se trata? ¿Y quién puede abrir tales puertas? Se trata de las puertas del corazón, si por “corazón” entendemos la profundidad del ser y el núcleo de su autenticación en el conjunto de los demás seres. Lo que la Iglesia ha de mantener abierto al mundo es su corazón; y éste jamás se identificará con una organización temporal con todo su aparato jerárquico, jurídico e intelectual. ¿Cuál es el corazón de la Iglesia? El Reino de Dios como oferta permanente al mundo. La búsqueda del Reino pone en marcha todo el sistema de medios que apuntan, cada uno según su especificidad, a un manifestar (Kerigma) que Dios es Amor, ama apasionadamente a este mundo, y está firmemente comprometido en que todos encuentren la Libertad y la Felicidad a que Él los ha destinado. Cualquier actividad de la Iglesia (pastoral, catequética, litúrgica o de caridad) que no manifieste lo atractivo y eficaz del Amor de Dios al mundo, es un fracaso respecto a la misión que se le ha encomendado.

Pero la Iglesia tendrá su corazón abierto, cuando lo sea tanto para dar cuanto para recibir. Porque el Espíritu de Pentecostés (fiel al Verbo que alumbró a toda mujer y a todo hombre que vienen a este mundo), tiene y quiere dar siempre algo a la Iglesia a través del mundo a cuyo servicio ella está. Siendo, pues, el mismo Espíritu el que habla en la Iglesia y en el Mundo, la apertura de la Iglesia será para comprender mejor el lenguaje de las instituciones temporales, hasta descubrir en él profecías que se le dirigen a fin de que pueda mejorar cada vez más su servicio. Se trata de una Iglesia que sabe recibir de parte de Dios las profecías (no pocas veces en forma de crítica o displicencia) que el Mundo y sus instituciones le echan en cara, y con cuya aceptación estará mejor preparada para proferir sus profecías sobre el mundo y las instituciones civiles, según la voluntad de Dios.

Por ello, el corazón abierto de la Iglesia es un espacio de dimensiones indefinidas, inconmensurables, donde nadie es rechazado y se cultiva la verdadera amistad. En el mensaje del Reino proclamado por la Iglesia en el seguimiento de Jesús, debe quedar bien de manifiesto, que no es una institución que tiene que defenderse a sí misma frente al poder de otras instituciones, ya que, no siendo su Reino de este mundo (cf Jn 18,36), no teme tampoco que este mundo le pueda quitar nada. Pero sabiendo que Dios ama mucho a este mundo, y que después de haberle dado a su Hijo no puede negarle nada (cf Jn 3,16ss), la Iglesia sólo puede encontrarse a sí misma en el olvido de sí y en su entrega a las necesidades de los humanos (cf Jn 12,25-26).

Al hilo de las anteriores reflexiones se va manifestando que, las puertas del corazón (el de la Iglesia y el de los seguidores de Jesús), sólo han sido abiertas y abiertas se mantienen por la presencia del Espíritu de Pentecostés: el Espíritu de la Mundialidad, de la Globalización en el Amor. Las abre el hambre de Verdad, Justicia y Paz universales; en tanto que toda mirada egoísta y/o temerosa que cierra las puertas a los demás, se cierra a sí misma al don del Espíritu y a su eficacia renovadora.

Por las puertas abiertas en la recepción-donación del Espíritu, circula el amor a la vida: la conciencia de que la vida es siempre más grande que lo que yo puedo albergar y experimentar de ella. Ahí nace un respeto tan grande a todo cuanto es vivo que, el creyente en el Dios de Jesús, mantendrá siempre en su corazón esa suprema y sublime determinación de preferir morir antes que matar. Sabemos, conducidos por el Espíritu, que todo aquel (individuo o colectividad) abierto a dar y recibir de los otros en el amor, siempre tiene vida en sí, cada vez es más rico en vida verdadera, pues no se pierde la vida que se da, y sí nos enriquece la que recibimos.

Una persona de corazón abierto disfruta mucho de todas las bondades de la vida y logra así hacer frente con más energía y creatividad a los sufrimientos inevitables. Ningún luchador eficaz por la Paz y la Justicia puede darse a una causa noble si no sabe disfrutar mucho de aquellos mismos “bienes” que, mediante su lucha, pretende puedan disfrutar otros muchos.

II. **Detener el paso. Dejar de lado la ansiedad. Renunciar a las urgencias**

Tres actitudes que acompañan a un corazón abierto, y que son claros exponentes, a la vez que vehículos, de la vida contemplativa.

¿Qué es detener el paso? ¡Vivir contemplativamente! Cosa que no se improvisa, pero que sí es imprescindible para poder hacer y dejar algo útil a los demás de nuestro paso por este mundo.

La exhortación del papa añade a continuación lo de *dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar*. La ansiedad suele ser hija del orgullo, de la ambición y/o del miedo. Un testigo del evangelio del Reino, uno que busca por encima de todo *el Reino de Dios y su Justicia*, no puede dejarse desangrar por la ansiedad, la impaciencia, los afanes de éxito, y menos de lucro. Por tanto, con la confianza de que Dios es el primero interesado en que su Reino reine, y que en la confianza y abandono en su Amor tenemos asegurado el fruto de nuestra entrega, cada día empezamos, como si fuera la primera y última vez, la aventura de proclamar que Dios es Amor, Amor que no descansa y se manifiesta a través de las vidas que se dan sin pedir nada a cambio.

Sólo puede mirar a los ojos, fijamente a los ojos de una persona (igual que a los ojos del mundo), quien mira sin afán de posesividad, dominio o influencia sobre el otro. Quien mira con respeto para conocer mejor al otro. Quien mira para descubrir el núcleo bondadoso y sagrado de todo otro, pues que en todos existe (aunque sólo sea porque son “imagen” de Dios, hijos de su Amor Creador, cosa que no podemos perder por muy contrarios que seamos a nuestra propia naturaleza).

Es un mirar para dejarse mirar. Para que el otro te mire sin miedos ni vergüenza alguna por tu parte. Sólo puedo amar al otro tal como es cuando yo me he aceptado a mí mismo tal como soy. Mirar y dejarse mirar a fin de que el otro pueda ver que es el amor la luz de mi mirada. Y, en lo que respecta a una Iglesia de puertas abiertas, este mirar a los ojos y dejarse mirar, implica aceptar con agradecimiento las críticas o reparos que nos vengan de la mirada del otro. Y jamás negaré al mundo el derecho de mirar a la Iglesia, cual si se tratase de una institución inmirable, intocable.

Y escuchar... con humildad, con afán de hacer unión, con espíritu de servicio a la dignidad humana. Sin llevar la respuesta preparada. Sin acudir en ningún momento a la exclusión y condena. La condena, incluso los prejuicios sostenidos, denotan, como mínimo, impaciencia a la hora de querer recoger los frutos del diálogo; pero también denota una lamentable pérdida de confianza en el triunfo del Bien y de la Verdad; nos dejamos llevar por la sospecha de que el

mal y la mentira son más fuertes, cayendo así en las garras de la violencia defensiva. El amor no arroja a nadie de su recinto; pero sí respeta (aunque se quede llorando) al que se va.

Dios es Amor.
Y, quien cree en Dios,
cree en el triunfo del Amor.
Y, quien cree en el triunfo del Amor,
no utilizará armas
que contradigan (o hagan daño) al Amor.

Y escuchar... escuchándose uno a sí mismo; es decir, descubriendo lo que tenemos en común, y que, las demandas y necesidades de los otros coinciden básica, esencialmente, con las más/nuestras propias. La escucha sólo ha sido fecunda cuando salimos de ella con mayor humildad y respeto al "misterio" que nunca deja de ser cada vida y cada situación de este mundo. También cuando salimos más comprometidos en el cultivo y defensa e los valores descubiertos, y en un diálogo que sabe insistir más en lo que ya nos une que en lo que todavía nos separa,

La tercera de las tres actitudes que el papa señala, a fin de hacer eficaz el testimonio cristiano en el mundo, es la de saber poner distancias entre el propósito de actuar y la acción misma. Esta última no puede ser arrastrada por las urgencias. Urgencia es sinónimo de prisa. Vivir de prisa o vivir con prisa es equivalente a vivir sin profundidad (es decir, sin corazón, sin espíritu). Cada paso de la vida, cada momento de nuestra actividad, encierra en sí un tesoro de luces y energías que le son propias, y ya no podremos encontrar en el siguiente paso. Tal vez no sea ocioso preguntarse cada día, cada momento, ¿qué es lo "urgente" ahora, lo que no tiene posible aplazamiento sin daños graves? Una sincera respuesta a tal pregunta nos conducirá, no pocas veces, a darnos cuenta de que llamamos "urgente" lo que sólo es "necesario" y tiene aplazamiento. Y que en rigurosa sinceridad, urgente-urgente es siempre aprender a vivir con lo que me toca en cada momento, gozando de sus bondades (que siempre se dan) y poniendo responsabilidad y creatividad en hacer crecer la vida a través de mi actividad.

Es así, sin urgencias inspiradas en el afán de ser fuertes y exitosos ante los demás, sin urgencias emanadas de la voluntad de poder o de creernos salvadores e imprescindibles para alguien, para algo..., como podremos *acompañar al que se quedó al costado del camino*. Lo que sí será revelador es llegar a una buena, clara y sentida respuesta a esta pregunta: ¿Quiénes son, en mi entorno y en mi momento político/social los que se han quedado al margen, caídos en la cuneta de una sociedad atravesada por autopistas del sobrevivir, salir del paso, sálvese quien pueda y el que más pueda que se la lleve? ¿Somos conscientes de que una civilización montada sobre el poder adquisitivo y la acumulación de capital en pocas manos, es competitiva y despiadada con los que no avanzan de prisa o se han quedado, posiblemente involuntarios, rezagados en la lucha por la vida?

En general todos cuantos no han alcanzado las metas de bienestar material que proponen las estadísticas oficiales, pertenecen al número de los que se quedaron (o, fueron arrojados) en la cuneta. Pero hay también otros marginados por el poder (que muchas veces coinciden con los anteriores) y son los que no han encontrado sentido a sus vidas, ni se estiman a sí mismos como criaturas únicas cargadas de valores y con misión en la vida. Son las más dolorosas víctimas de las ideologías del poder y del tener, de las mentiras y la violencia física y moral de los medios de comunicación manejados por manos de los que sólo buscan acrecentar su parcela de dominio

sobre los demás, Aquí podrían incluirse las maras y las tribus urbanas, que extorsionan y matan, no ya para sobrevivir, sino para ser un poder totalitario en un terreno acotado por ellos y para ellos mismos, sin darse ni remotamente cuenta de que son víctimas del mismo poder que pretenden acaparar. Y también los ejércitos y cuerpos del orden público, cuya misión no es -ni puede ser en la actual economía financiera- otra que mantener el orden de los poderosos contra los desposeídos y rebeldes de la Tierra.

Nos demos cuenta o no, vivimos en un mundo de marginados, arrojados a la cuneta, olvidados en el costado del camino de la vida. ¡Y son (¿somos?) la mayoría! ¡Y son, incluso los que se consideran dueños de los hilos que tejen la economía mundial, y los títeres de los políticos que se someten a sus dictados! ¿Alguien se escapa de ser un marginado? ¡Sí!; el que consciente de tan grave situación, se automargina a sí mismo. Se pone al lado de los últimos de este mundo, con las sencillas armas de la austeridad, la solidaridad, la conciencia crítica y la participación en las luchas de liberación. Desde la perspectiva cristiana es el que cree que sólo el amor salva, y el verdadero amor es el que da la vida por los demás.

A los caídos en cualquier tipo de marginación vital, sólo los podemos acompañar así:

- * Sin prejuicios sobre su condición y las causas que a ella los han llevado. No son “peores” que nosotros, los que todavía marchamos por autopista; son simplemente víctimas de un sistema (aunque lo sean por autoengaño), cuyo único objetivo -o, al menos el principal- es imponer al mundo entero, como civilización universal (Globalización) un sentido de la vida basado en la economía de mercado, donde siempre tiene que haber “ricos” para atender a las necesidades de los “pobres”.
- * Sin oponer un modo de pensar a otro, unas costumbres a otras, una religión a otra. No se sirve a nadie con aires de superioridad, desde actitudes paternalistas (de protección), proselitistas (para traerlos a “lo nuestro”). Servir es dar algo “propio” para enriquecer “lo ajeno”; que bien entendido significa: sólo puedo servir al pobre empobreciéndome con él y quedando yo menos rico a fin de que él sea menos pobre. El que carece de algo necesario que yo tengo, me enriquece con su carencia, si con solidaridad respondo compartiendo lo que yo tengo de más y él necesita. Igualmente, al rico, puedo (y debo) prestarle el no pequeño servicio de ayudarlo a ver que su riqueza no compartida justa y solidariamente, lo empobrece (envilece) privándolo de dignidad humana.
- * Con gestos y palabras, hechos pequeños y claros, que denoten lo gratuito de nuestro acompañamiento. Gratuito, tanto como porque no pedimos recompensa cuanto porque no nos descorazonamos ante las dificultades ni los débiles (o nulos) resultados.

III. El discernimiento de los senderos del Espíritu

Un corazón misionero (abierto, contemplativo) nunca se encierra, nunca se repliega en sus seguridades, nunca opta por la rigidez autodefensiva. Sabe que él mismo tiene que crecer en la comprensión del Evangelio y en el discernimiento de los senderos del Espíritu; y entonces, no renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino (Evangelii Gaudium, 45).

Dichosos los que se mancharon con el barro del camino, porque el Espíritu los lavará, dejando al descubierto la hermosura de sus vidas arriesgadas. Es inevitable que haya barro donde hay

sudor y polvo, lágrimas y sangre. El camino de una vida fiel a sí misma es el sendero del riesgo y del compromiso, de la búsqueda y las equivocaciones. Sólo el que reconoce que se ha equivocado, puede rectificar. Y sólo reconoce su error aquel que no se conforma con medias tintas y logros aparentes en el

empeño de la fidelidad a sí mismo y a la misión que le ha sido encomendada. Equivocarse es de humanos. Descorazonarse ante los fracasos o dificultades del camino, es propio de almas pusilánimes, que nada suyo aportarán a los demás. porque tampoco llegaron a poseerse a sí mismos. Si damos por cierto que *hasta el fin nadie es dichoso*, no podemos anticipar el fin confundándolo con la dificultad que pretende apartarnos de nuestras metas de bien común. Nadie sale a la arena del combate teniendo asegurado el triunfo. Pero es más seguro el éxito para los que no se dan por vencidos ante las primeras dificultades, por poderosas que parecieren.

Cuando la perfección no es posible, sin renunciar a ella, hay que saber empezar de nuevo, una y mil veces, tras cada derrota. Y aprender de los descabros que hay más salvación para el humano (y la entera humanidad) allí donde, *sin arrojar la toalla*, seguimos confiando en el triunfo del “bien”; porque lo que llamamos “mal”, aún siendo muy insidioso y de tentáculos fuertes y de largo alcance, sólo es poderoso a través de las vidas que se le entregan sin resistencia. Resistir al mal (la mentira, la injusticia, la violencia...) es ya haberlo vencido en el propio corazón, y, por lo mismo, confiar en que sus días están contados. Sólo los que buscan soluciones totales y definitivas (que en este mundo nunca se darán) terminan siendo colaboradores (más o menos conscientes) en el triunfo momentáneo del mal. Por demás, los creyentes en el Dios de Jesús, mantienen en el corazón de la lucha por la Justicia y la Paz muy viva la conciencia de que, creer en Él es creer en el triunfo del Amor sobre todas las formas de mal. Y esta fe es la victoria que ha vencido (y lo seguirá venciendo) al mundo de la mentira, el abuso, la explotación, la marginación..., y todo tipo de violencia.

La comprensión del Evangelio y el discernimiento de los senderos del Espíritu, que nos pide el papa Francisco, a fin de ser fieles testigos de Cristo resucitado, no está nada lejos de esa actitud del corazón contemplativo (el corazón abierto) que sabe conectar con la obra que el Espíritu del Señor no deja nunca de realizar en las encrucijadas del mundo y de la historia. El Espíritu que habita nuestros corazones lleva a cabo en cada creyente la maravilla de abrirle unos ojos nuevos con los que poder ver lo que los demás no alcanzan a ver, e incluso consideran imposible e inalcanzable.

Sabemos, por tanto, que somos mujeres u hombres del Espíritu, cuando estamos visceralmente convencidos de que todo no lo tenemos (ni podemos) hacer nosotros, los cristiano; y ello porque, una parte (tal vez la mayor) ya está realizada por el Amor de un Dios que, a través de su Espíritu (que es el del Resucitado) sembrado en toda carne, no se mantiene lejos de ninguna situación humana donde haga falta poner luz, fuerza, esperanza. Y, además, porque otros (tal vez más de lo que imaginamos), otros muchos, trabajan en el mismo campo del bien común, en la defensa de los Derechos humanos, desde plataformas distintas a la de nuestra experiencia de fe. Un corazón contemplativo es el que sabe ver (y goza con ello) la obra de Dios en cada aquí y cada ahora, y se une a ella con todas sus capacidades. Un corazón contemplativo ve a Dios actuando, comprometido con su Amor (su Espíritu) allí donde otros sólo alcanzan a ver ruinas y miserias, prevaricación y daños irreparables.

Si no alcanzo a ver la obra que Dios está llevando a cabo en este momento, tampoco podré unirme (al menos, de modo consciente) a ella; será mi propia acción, dirigida por un voluntarismo ciego, con sus miradas miopes y sus objetivos parciales, la que conducirá mi

lucha al cansancio y al desánimo. También a la tristeza, la más letal de fuerzas contrarias en la lucha por el bien común. De los amargados, desencantados, desesperanzados... no es posible esperar una luz en el camino. Un corazón empapado del amor de Dios es una esponja que destila ternura, consuelo, comprensión, aliento... ante cada choque con la realidad. Y la baña, y la empapa, al nivel de su permeabilidad, con el gozo de que el Bien siempre es posible, por muy feroz y amenazante que aparezca el rostro del mal. Discernir los caminos del Espíritu consistirá en buscar siempre la manera de mantener los ojos de la fe abiertos a ver qué está ocurriendo en aquellos lugares de lucha y esperanza donde siempre está surgiendo el Mundo Nuevo.

A modo de resumen

A modo, pues, de resumen, para que esto aquí dicho no nos parezca una teoría mejor o peor elaborada, quiero dejar claro que se trata de un desafío: todas las armas de lucha de un cristiano, y de las Iglesias que llevan el mismo nombre, sólo son eficaces si son manejadas por un corazón contemplativo, un corazón repleto de la experiencia de Dios/Amor, y, por tanto, un corazón vacío de ruidos, prisas, ambiciones, temores, protagonismos, desencantos... Permittedme deciros: un corazón contemplativo es una vida encantada, habitada por un encanto (belleza, seducción) que la hace para muchos encantadora. El mundo de hoy está muy necesitado de miradas contemplativas, vidas capaces de ver el triunfo del amor en todo gesto - por pequeño que nos parezca- de rebeldía y enfrentamiento contra el mal del mundo, la hipocresía, la corrupción, el abuso de poder...

Os ofrezco el siguiente poema, mío sólo a medias, porque lo escribí a partir de otro poema del polaco Czeslaw Milosz, que él dedica a exaltar el poder de la razón humana, y que en mi primera lectura del mismo vi inmediatamente aplicado a la acción del Espíritu del Señor Jesús. Este es.

HERMOSO y fuerte es el Espíritu del Señor Jesús:
ni leyes ni sistemas, ni fanatismo o intolerancia
podrán jamás condenarlo a la inoperancia o al exilio.
Él establece con su aliento la Libertad, y guía con firmeza
nuestro pulso, para que podamos escribir, con mayúscula,
VERDAD Y JUSTICIA; y con minúscula, **engaño y humillación**.
Él se da a quien lo desea, estableciendo su morada
en los sencillos de corazón. Por encima de lo que hoy es,
nos hace entrever lo que será mañana. Enemigo del desencanto,
fiel amigo de la Utopía. Nadie que sea suyo se verá víctima
de los espejismos del poder. Nadie que haya gustado su amistad
correrá tras el brillo fatuo de honores y dignidades
que el mundo otorga a los suyos. Entre el estruendo
de tantas palabras maltratadas, Él salva las pocas frases austeras
y dignas, teñidas de alma. Bella es la Sabiduría que infunde,
así como su aliada la simple Poesía. Apenas ayer fue derramado
sobre toda carne: lo anunciaron las Lenguas de Fuego y el temblor
sobre el Cenáculo. Los que lo rechazaron, se cerraron a sí mismos
los caminos de la Nueva Humanidad. Los que lo recibieron,
salieron a la vida marcados por la estrella de la Ternura invencible.
¡Alegre y operativo es el Espíritu del Señor Jesús!

En Archena a 30 de Mayo de 2014